

LIMPIEZA Y PUREZA

FEMENINAS DISQUISICIONES EN TORNO A LA RELACION DE LA SALUD CON LA PERFECCION

POR
LILÍ ALVAREZ

«el que mejor natural tiene (que es efecto de la buena disposición del cuerpo), ése, movido por la gracia, obra lo que es perfecto con mayor perfección». San Antonino, Suma, p. IV, tit. XV c. X.

SE trata de dos fenómenos o cualidades del ser muy distintas y dispares, la pureza es una virtud sobrenatural y la limpieza es meramente indicio de salud natural, de salubridad y equilibrio fisiológicos. La una atañe al espíritu y la otra a nuestro ser físico y a sus directas y espontáneas repercusiones anímicas.

Lo extraño e insólito del caso es que a estas dos cualidades hermanas, que deberían andar sincrónicas y paralelas, se las encuentra casi siempre separadas, contrapuestas y hasta incompatibles, escamoteándose y desalojándose mutuamente la una a la otra. Cuando la pureza—o, mejor dicho: la preocupación de ella—ocupa el campo de nuestra alma, falta la limpieza, y cuando está la limpieza en auge, la pureza se ausenta.

Esta distinción y este casi antagonismo, poco advertidos, por regla general, son, sin embargo, muy evidentes si se viaja por el mundo y se hace deporte. Como la mayor parte de mi existencia ha transcurrido en estas dos faenas «felicitarias», que diría el maestro Ortega, me atrevo a tomar mi indocta pluma y escribir estos torpes renglones,

en espera de que otros—los autorizados para ello, los doctos— planteen, desarrollen y enjuicien la cuestión como es debido. Es éste un tema que tan sólo quisiera indicar, como alguien que apuntase en una dirección y dijese: allí, en este bosque frondoso, hay algo escondido, (¿un animalito?, ¿un monstruo?). Vayan los valientes cazadores a verlo.

Sin embargo, en el secreto fondo de este pretencioso curioso femenino se esconde una íntima urgencia, una cierta necesidad profunda y clamorosa: el quehacer deportivo, específicamente referido al ámbito de la salud, al querer someterse a la luminosa imantación de lo Perfecto tropieza con una serie de equívocos e incomprensiones, que si no se disipan y dilucidan originan otros tantos roces, dificultades y perplejidades que acosan y agobian a la pobrecita alma deportiva. O sea que no se trata de un juego más, sino de un interés muy particular. Es algo «que le sale a uno de dentro». Sirva esto de excusa.

SALUBRIDAD E INOCENCIA

Quisiera ocuparme con preferencia de la limpieza, que es para nosotros casi una desconocida; la gran Cenicienta de nuestra familia ibero-africana. Por lo mismo desearía verla mágicamente transformada a nuestros ojos sorprendidos en joven y hermosa princesa. No reina, pero sí princesa.

Hay una inocencia corporal que juega, se divierte y es perfectamente inconsciente de todo mal, porque no ha rozado todavía la linde de ese peligroso parterre donde está plantado el Arbol Prohibido; se ha quedado *más acá* de él—no *más allá*, como el nictzscheano Zaratrústa. Esta inocencia grita, salta, da puntapiés y se ríe con toda la exuberancia de su ser. En ella persiste el candor edénico de antes de la culpa. No se preocupa de la pureza, porque es perfectamente inocente: está absorbida por el jubiloso fragor de la lucha o del ejercicio; desconoce el morbosos desdoblamiento consciente que nos descubre el juego rebotante del Bien y del Mal. Es tan sólo músculo actuante y risa ligera. Hablo del deporte auténtico. Esos chicos sanos y robustos que se deslizan por las pendientes vertiginosas de las blancas cordilleras, que corren por el óvalo alfombrado del césped de los estadios, que se lanzan balones en la playa dorada y rumorosa, no están al acecho del mal, del detallito dudoso que pueda darles el acre revoloteo de los instintos. Son seres de carne débil como los demás, pero por el florecimiento natural de sus energías gozan de un equilibrio salutífero en todo su psiquismo que los apar-

ta de esa imantación absorbente y morbosa de lo vicioso e impuro. No se amotinarían, como sus abuelos, por ver el tobillo de una dama, y no porque se les muestre hoy día mucho más que el tobillo, sino porque no están bajo esa continua y picante hipnosis. Son más tardos a la percepción del mal. Son jóvenes y hermosos mucho más tiempo.

Esta salud, este equilibrio y nitidez corporales son un bien precioso del cual nos tenemos primero que pecatar claramente, hacernos ante todo muy conscientes de él, para después realzarlo en nuestra estima, y luego fomentarlo en todas las dimensiones de nuestro ser. Así como debemos reprimir a su contrario, el desequilibrio y la falta de pulcritud íntima, empezando por sellarlo bajo el signo moral y biológicamente infamante de lo vergonzoso y averiado. Porque sólo el avergonzado se corrige.

Debemos ampliar más y más en nosotros esa fresca «tierra de nadie», esa soleada franja inconsciente e inocente de lo natural y limpio, ese feliz trozo de Paraíso impoluto. Aparte de su propio bien particular, él significa la armonización y tonificación de nuestro ser entero con sus diversas pasiones y energías, sin que éstas se desmanden y descarríen fuera de sus debidas y esenciales proporciones.

¿Y no debiéramos preguntarnos si acaso no se esconde una cierta forma de pecado en abrumar, en ahogar nuestra existencia toda en el sombrío mar de la sospecha, de la inquietud constante de la malicia? Nos hace falta la cándida y sonriente confianza de lo sano.

Algo «orgánico» aquí aletea y trasluce, algo que es todavía cuerpo y alma juntos, entreverados; algo que significa, en definitiva, salud o «malsalud»: porque se es sano se piensa mejor, y al revés: el mal pensar es signo de fallo físico. Al bien constituido fisiológicamente la vida le ofrece menos incentivas al mal, y, por lo tanto, procede de un modo abierto y confiado, mientras que para el torcido todo es pávulo para el mal; el riesgo se le escurre forzosamente en todas partes y su actitud es huraña, suspicaz.

IMPURAS MATEMÁTICAS

Como hoy día todo se resuelve con números, vamos a ver si con ellos podemos aquilatar y esclarecer un tanto esta intrincada cuestión. Abramos a nuestra mente la iridescente curva de un semicírculo cromático graduado del 1 al 100 para valorar toda la gama de estímulos que nos ofrece la existencia, pasando del cero de la blancura total al grana sangriento—; como las películas!—del 100.

Veremos cómo unos seres necesitan sólo 25 para pensar mal, otros se quedan tan campantes hasta los 50 y otros ni siquiera cinco resisten.

Ahora notaremos el extraño fenómeno de que, si bien hay muchos pueblos «sanos» que parecen poseer una ingenuidad casi ilimitada —¿no se bañan en ciertos países del Norte las familias juntas, padre, madre e hijos, todos desnudos?—, se hunden, sin embargo, en el más desventurado e inconsciente libertinaje. Ocurre, sencillamente, que por haber perdido el sentido de lo sobrenatural, es decir, de la pureza, no se quedan en el 50, sino que pasan «candorosamente» al 90, al 100.

En cambio, en el caso inverso vemos personas que no aguantan ni dos ni tres, cuya zona de inocencia es casi nula, que por doquier ven maléficos gérmenes y hechizos y todo para ellas parece estar envenenado de malicia. Poseen un sentido exacerbado de la pureza y no se permiten—ni permiten a los demás—el más inocente pasatiempo: todo para su superaguda suspicacia—mayormente todo lo que sea novedad—es «peligro», es «pecado».

Notamos, por consiguiente, la necesidad de un justo equilibrio entre pureza y limpieza: la salud limpia sin el contrapeso a su debido tiempo de la virtud sobrenatural se pierde y hasta se pudre; y la pureza sola sin el soporte del sano candor desenfoca, ensombrece y llena de miasmas el mundo todo creado por Dios.

Hace falta la unión y la colaboración de las dos para que la vida dé en nosotros su flor, su bello y jugoso fruto.

Muchas veces, al comentar las estridencias que causa la vida moderna entre nosotros y la serie de aprensiones y prohibiciones más o menos extrañas e intempestivas que a veces levanta—como la de aquellos padres de familia que amenazan sacar sus hijas del colegio si se las obliga hacer gimnasia—he oído la misma contestación con su toniquillo veladamente ufano: «es que nosotros los españoles...» «es que la sangre ibera...». Sí, sí, ya sabemos que hierve más y con mayor prontitud que en otras latitudes, pero no confundamos: si para el anglosajón, por ejemplo, el dominio de lo inocente se extiende hasta el 45 y para el ibero, por su fogosidad natural, se queda en el 20 ó el 25, ello no impide que ese ámbito más reducido sea, sin embargo, totalmente nítido e inocente y se conserve en su primordial salud y transparencia, libre de los vapores fétidos de los pensamientos sucios.

HIPERTROFIA CONSCIENTE Y DESQUICIAMIENTOS INCONSCIENTES

Acerca de estos últimos necesito hacer una pequeña aclaración que percibo como muy necesaria por lo insólita y verdaderamente a contrapelo que resulta a nuestro innato modo de pensar, lo mismo da para el caso que dichos pensamientos insalubres o nauseabundos sean «buenos» o «malos», moralizantes o desvergonzados; el ataque y la defensa de la moral tienen aquí un misterioso parentesco y causan el mismo efecto perturbador; significan ambos el despertar a la noción del mal lo que todavía dormía en el sueño intacto y virgen de la indiferenciación e inconsciencia. En ambos casos se llama a la vida y hace brotar, moral o inmoralmemente, la presencia del mal, se conjura su realidad tremenda en un terreno que estaba libre de su contacto y por ello ignorante de él. Por poco familiar y hasta contraria que nos sea la idea, no es por ello menos cierto que hay que considerar como una verdadera contaminación mental el invadir la zona una, inocente y neutra de nuestro vivir con la diferenciación consciente del Bien y del Mal, y esto por el motivo que sea.

No cabe duda alguna de que en parte de su trayectoria, confluyen el viejo verde y la beata inquisitorial. La avidez detallista y escrutadora de la mirada de ambos, aunque de signo opuesto, causa la misma sensación de repelencia y malestar; es igualmente *indecente*.

No hay que ensuciar, no, ni enturbiar la vida donde es inocente, donde se ignora a sí misma y es todavía niña: es mancharla indebidamente el hacerla sabia antes de tiempo y consciente fuera de lugar; es hacerla falsamente precoz. Es, sencillamente, desquiciarla.

Mal muy sutil, pero muy hondo esta descentrante iniciación culpable. Su misma sutileza le hace ser poco percibida; es un mal en que incurre fácilmente cierta forma de mentalidad piadosa.

Hay seres de muy buena fe que enlodan y falsean la existencia entera con su negativa preocupación por lo feo y bajo. Y esto, aunque sea con la respetabilísima excusa o pretexto de la moralidad y del celo de su salvaguardia. No se dan cuenta de que buscar el mal, en este sentido, es en cierto modo, engendrarlo, despertarlo. ¡Hasta el *bien* puede estar fuera de sitio! Basta solamente pensar cuánto la simple, inocentísima y vulgar higiene—(el deporte es la prolongación, la como dilatación de ésta, su desbordamiento del cuarto de baño al cosmos)—ha padecido hasta hace muy poco a causa de un sentido del pudor escamón en demasía y asustadizo hasta el absurdo; hasta que, por fin, todo se hundió en la dormición, en el sano

y obliterante olvido de la naturalidad. (Siempre me he preguntado cómo se arreglarían para enjabonarse esos seres que tenían que vestir camisón para introducirse en el líquido elemento de su bañera ¿Y la implantación de la misma ascético-heroica ducha, no ha significado en muchos ámbitos una revolución, un tránsito de épocas? Montherlant exageró mucho, como siempre, cuando dijo que «el placer del agua era el único que no era pecado».)

A aquella poco profundizada verdad del Evangelio: «el hombre de bien del buen fondo saca cosas buenas; y el hombre malo de su mal fondo saca cosas malas.» (Math. XII, 35), debiéramos añadir: «y el hombre desquiciado de su desquiciado fondo saca cosas desquiciadas». Si el apetito —colectivo (*)—es deforme, también lo serán las aprensiones, repulsas y condenas que engendra; si la concupiscencia se extralimita y es extravagante, la moral se extralimitará y se hará extravagante. Mucho importa ese primer núcleo original, ese pimpollo primerizo físico-anímico del cual brota después—andando la primavera—la flor elaborada de la personalidad consciente y volente.

Acerca de este grande y casi ignoto problema recordaré siempre cierta conversación con una monja, mujer de gran talento y prendas, pero sevillana. Hablábamos de la adecuación o no adecuación de las medias para el deporte, y aducía ella como argumento triunfante, en favor de su férrea opinión a favor de ellas en todas y cualquier circunstancia la siguiente razón: «Un chico me ha dicho que el ver a una mujer sin medias le da inmediatamente malos pensamientos.» Poco tiempo después referí el caso a un médico celeberrimo muy versado en estas cuestiones de la eterna atracción de Eva y Adán («ladies first»: ¿por qué siempre se ha de decir «Adán y Eva», máxime habiendo, al parecer, desempeñado ésta el papel más importante y decisivo?), y que contestó lapidariamente: «ése era un enfermo».

¡Hay tanta «enfermedad» por ahí que se ignora, tanta leve patología andante y erróneamente satisfecha de sí misma! Se toma por hombría lo que es desquiciamiento y por vigor y salero vital lo que es morbosos y misérrimo deterioro.

Y así se alardea—y también se escucha complacidamente—lo que

(*) Hablo de la norma general, esto es, no preiuzgo el caso individual, particular y concreto del alma que asciende en la vida espiritual, y a la cual el Espíritu Santo, en su invasión irradiante, va esclareciendo y pidiendo más y más santas exquisiteces y finezas, fuera y por encima de esa misma ley general. Estas, que a los ojos del vulgo, parecen otros tantos absurdos y desatinos. ¡Dichosas locuras! ¡Ojalá pudiésemos todos cometerlas!

más valdría callar; lo que callaríamos si se conociese el sentido real de su significado.

NOCHE Y DÍA. SU BUENA DISTRIBUCIÓN

Recopilando lo andado podemos vislumbrar un par de verdades, ya difusamente presentidas y casi adivinadas: las hemos ido como palpando en su oscura concreción. ¿No somos, ante la existencia—al menos si nos comportamos auténtica y no librescamente—, unos pobres ciegos que sólo saben extender sus vacilantes manos para recibir en ellas la impronta milagrosa y enigmática de su multiforme plasticidad, tratando entonces, con gran labor y apretura del ánimo de descifrar e interpretar las huellas y las presiones recibidas?

Pues bien, ahora podemos entrever el grandioso y dual símbolo de la opacidad de la noche y del claror del día creados por Dios—realidad y símbolo amasándose en uno—a los cuales hizo corresponder en nosotros el sueño y la vigilia; símbolo que se repite también en nuestra vida anímica, donde hay una inconsciencia nocturna al lado de una conciencia viva y diurna. Y lo mismo que la frescura de nuestra condición vigilante depende en gran parte de como hayamos sabido conciliar el sueño así la viveza de la esfera despierta de nuestra conciencia depende de la salud y profundidad del letargo de la otra nesciente. ¡Todo el arte mental del vivir podría casi afirmarse que consiste en *saber dormir!* En realidad, en dejar en paz y dormido aquello que debe reposar; pero para que se despierte y avive a plena e intensísima luz—; y cuanto más intensa, mejor!—aquello que debe estar trémulo y vibrante. Es decir, nos sensibilicemos a lo más exquisito y cimero, a lo más impalpable y recóndito por su delicadeza.

Lo consciente no puede invadir impunemente, no puede usurpar, sin detrimento propio, el terreno de lo infraconsciente: el insomnio siempre se paga caro. Los trasnochadores y noctámbulos llevan mala vida.

Desde esta perspectiva de estructuración y de variedad de planos nos es fácil comprender cómo debemos ansiar una ciencia muy fina, pero muy vital: la de centrar, reenfocar, reenquiciar los diversos elementos del todo y cómo debemos evitar también muy fina, pero muy dañina: la del trastrueque, de la tergiversación. En una palabra, la del desorden.

En épocas de crisis, estos excesos (o, mejor dicho, estas faltas de contrapeso en la dirección que fuere «dimpieza» o «pureza»), se exacerban y agudizan, se hacen más virulentos que en las épocas estables y «sólidas», en que todo o casi todo lo dan solucionado y prefijado la tradición y las costumbres. En cambio, en los tiempos que atravesamos de mutación eruptiva, volcánica, en que parece que el mismo caos se nos echa encima, el triunfo de la unilateralidad es marcadísimo, total. En esa fluidez sin riberas de lo nuevo todo es elástico, posible, todo se vuelve una interrogante, acuciante y continua, que podemos contestar—y tenemos que contestar—a nuestro antojo.

¿Cómo responder? ¿Qué contestación dar? Es de palpitante y dramático interés el comparar la respuesta española con la extranjera.

El contraste se manifiesta con deslumbrante claridad en el punto extremo de la novedad, es decir, donde la flexibilidad alcanza su apogeo y la libertad cabalga a sus anchas; ¡en la usanza de las playas y campos de deportes! Mientras entre nosotros se quiere tapar con la mayor cantidad de tela y reglamentos posibles nuestro ofensivo desnudo, en el extranjero se ha ido a la liberación máxima de la impedimenta vestuaria, dejando tan sólo de ésta meros residuos, pobres jirones olvidadizos de la atávica vergüenza del Génesis. ¿A qué extremo no habrá llegado esa reducción, esa pulverización, mejor dicho, que los «deux pièces» famosos del traje de baño femenino en boga han sido motejados «Bomba atómica» y «Bikini»?

Pero lo más grave no es que las playas y piscinas se hayan vuelto un carnaval de carne humana más o menos bronceada, sino que al haberse anublado en la mentalidad moderna el sentido de la norma y de la limitación, dicha usanza, la más ventilada y «confortable», no encuentra diques ni barreras que se opongan a su expansión invasora; y así asistimos hoy en día al espectáculo, entre cómico y espeluznante, de verla brincar de la arena deportiva al asfalto ciudadano, asaltando con supremo descoco y travesura hasta la misma vida cotidiana. La moda playera y deportiva, hay que admitirlo, se ha vuelto el lamentable instrumento de achabacanamiento, de la ordinaríez progresiva de las costumbres. Sobre el fondo de «descamisamiento» general, tan justamente observado por Carlos Sentís, el Nueva York estival ha gozado ya de su nota remotamente hawaiana de mujeres en «shorts» y pañuelito que se mueven con serena y desenvuelta tranquilidad entre «buses» y metros. En Europa se las ve en ese mis-

mo superligero y aerodinámico atiendo pasearse por los museos de provincias, según me contaron unos amigos, pero lo que más choca es que ¡a nadie choque! El gusanillo de la descomposición ha atravesado ya la corteza y se ha instalado dentro. Tan espesa y densa es la inconsciencia, que en una nación muy vecina e hija predilecta de la Iglesia, una magna asociación organizó el pasado año unos concursos femeninos de natación; pero hubo de suspenderlos porque las náyades se declararon en huelga al exigírseles vestir (?) el—entre nosotros tan vituperado—«maillot»: no aceptaron...

Este panorama moderno patentiza un hecho desolador y universal: la noción del pudor ha dejado de existir. Puede casi decirse que esa palabra ya no tiene el menor sentido fuera de nuestras hispanas e hidalgas fronteras. Es un perfume delicado que se ha evaporado del mundo. La impudicia lo arrolla y envuelve todo en su gigantesca y viscosa marejada.

AMORALIDAD: HUNDIMIENTO POSTRERO

Hablemos antes del malsano conjuro que atraía la noción del mal en regiones que *todavía* lo desconocían, de la invasión e irrupción de lo dual y consciente en el ámbito de lo sencillo y espontáneo. Ahora nos encontramos con un proceso exactamente inverso al anterior: al mal positivo y real se trata de esfumar y encubrir; se trata de anular el claro mundo dualista de la consciencia—presidido y regido por el gran sol del Bien en lucha contra la Tiniebla—corriendo por toda su anchura la nebulosa cortina de la inconsciencia y simplicidad primeras.

De inmorales, los hombres han descendido a amorales, y ésta es la peor de las depreciaciones, la más funesta de las degradaciones. Crear el Mal es cosa condenable; pero no captar su efectiva presencia, *no verlo*, es cosa satánica. Antes aun había incluso que disfrazarlo, hacerlo pasar por bien, pero ahora rara vez es necesario tomarse tanta molestia; se trata de la mentira mayor del Padre de la Mentira. Es la despiritualización, el achatamiento llegados al grado máximo.

¿Hemos reflexionado alguna vez en que la maldad sólo se descubre a la luz, por lo menos implícita, de la bondad? ¿Y que, por lo tanto, el no discernir la primera significa, de rechazo, algo muchísimo más importante y más grave aún: que tampoco se discierne la segunda? ¡No aperebirse de lo negativo es consecuencia de ha-

berse vuelto inútil para producir lo positivo! El infierno que no vemos es el cielo que perdemos, la culpabilidad que no sentimos es la inocencia que no ganamos, y la nada que no alcanzamos es el Todo que nos falta. Ahí está el misterio salvador del arrepentimiento y la humildad.

La espantosa amoralidad de las gentes actuales evidencia directamente su hondísima y central incapacidad para recibir en sí la dretidora dulzura del Bien, para, interiormente, llegar hasta su celeste región. Dan la vuelta al mundo en un par de días, pero no viajan ni una pulgada adentro de sí (es decir, hacia Dios). Se quedan anclados a su terruño de realidad íntima. Terruño más o menos poético, más o menos prosaico, según los dones que hayan recibido, y no barruntán siquiera la estratosférica y beatificante infinitud de los Santos. Cuanto menos la posibilidad de perderse en ella.

Al «hacerse la vista gorda», según la expresión familiar; al embotarse su delicadeza para lo torpe y vil, tales gentes han olvidado el secreto de lo inefable y divino.

Esta es la colosal tragedia presente de la Humanidad y no otra. Fué rechazada del Paraíso porque conoció el Bien y el Mal, y ahora se abisma del todo porque a estos mismos olvida y desconoce.

* * *

Este, el mundo, se hunde porque los hombres buscan solamente la solución de la «limpieza»: creen ser limpios a fuerza de ignorar el Mal, de hacerse ciegos a su existencia. Y se pierden y se desquician cada vez más. Su animalidad será cada vez más «normal» y libre de «inhibiciones», pero corren al despeñadero, al precipicio sin fondo ni esperanza.

Sólo la noción de pureza, es decir, el afán sobrenatural, puede conservar la «limpieza» dentro de sus límites humanos, impedir que se extravíe infrahumana y monstruosamente; sólo ello puede hacer desaparecer esas «inocencias» hipertrofiadas y putrefactas de seres locos o burdos que han perdido todo sentido de lo divino y santo.

La pureza es la que nos hace ser justa y verdaderamente limpios. Porque el hombre no es simplemente un animal, es espíritu ante todo y su equilibrio puede sólo provenir del vigor de los diversos planos, tanto el animal como el espiritual, por el enfoque justo y la germinación y floración de lo primordial en él: su alma. Es la tenebrosa cerrazón de los «naturistas», «nudistas», «existencialistas» (de Montparnase) y demás banda perversa de sabihondos, pedantes y necios que creen equilibrar al hombre al «normalizar» su animalidad

cuando lo desquician propiamente porque lo abisman: destruyen el Espíritu que en él habita.

MORAL INTEGRAL Y JUEGO DE LA RESPONSABILIDAD

Así vemos que la limpieza requiere la pureza y la pureza la limpieza; ambas juntas dan la lozanía suma y plena del ser. Lo que es nocivo para esta vida total de nuestra intimidad, por muy virtuoso que pueda parecer, no es perfecta moral. *Esta, para llegar a serlo, necesita fundarse sobre la salud y su exigencia.*

Si no ocurre como entre nosotros: al considerar como un mal fijo, inevitable y fatídico la desmedida exacerbación pasional masculina, la moral parte de lo anormal y deficiente como condición previa y definitiva del hombre.

Perdida la palanca de la exigencia de la normalidad natural, la existencia corre el triste riesgo de la asfixia por el temor a pecar: las manifestaciones más ingenuas tienen que reprimirse, porque pueden dar lugar a un mal pensamiento en el hipersensible e irresponsable varón. Puestas en ese plan, las mujeres no debiéramos ni siquiera salir a la calle: vernos simplemente pudiera ser ocasión de pecado.

Esto explica el fenómeno extraño y un tanto absurdo de que todo el clamor moralizante y todas las reconvenciones están dirigidas a nosotras, pobrecitas mujeres, mientras que el Fautor, el gran Delincuente masculino, queda tan absuelto de responsabilidad como libre de esfuerzo sobre sí. Efectivamente, en nuestros débiles hombros femeninos pesa la carga entera de todos los mandamientos, restricciones, escrúpulos, reproches y fulminaciones. Es decir, que vivimos bajo la constante amenaza del pecado, ¡pero no de nuestro pecado!, sino del pecado del otro, del señor de enfrente o de cualquier lado. Estamos acechadas por la culpabilidad del pecado desconocido, ajeno, del mal multitudinario y difuso de los demás. Insólita y verdaderamente agobiante situación. Este desplazamiento de la responsabilidad moral; esta transferencia de culpabilidad, repleta de significaciones, solía ya en tiempos virreinales indignar a la gran mejicana son Juana Inés de la Cruz. Recuérdese aquella pregunta de sus célebres versos. ¿Quién era más culpable:

*«la que peca por la paga
o el que paga por pecar?»*

El varón es quien más puede poner de su parte y a él hay que

exigirle, porque suya es la primacía, la humana jefatura, porque precisamente es él *el hombre* (¡nosotras, desgraciaditas, no somos, es cosa sabida, más que meras costillas!). Los hombres son los primeros en no querer cobrar plena consciencia de la grandeza de la humanidad, y así no necesitan estar a la altura de ella. A más don, mayor obligación. ¿Y quién quiere saber de pagos, por hermosos que sean? Su poder primacial, poder de mando, lo han empleado los hombres *de facto*, no para lanzarse en ansias infinitas del Bien, a la rotunda purísima afirmación de lo Alto, sino para absolverse de lo bajo, para inhibirse del Mal y hacer a éste fácil y, ante todo, cómodo para sí.

El prócer árbol humano sólo crecerá en su belleza y esplendor verdaderos cuando se sitúe rectamente el peso de la responsabilidad y su obligacional sentido. Es el tronco nudoso y robusto quien aspira y reparte la pujante vitalidad de la savia, no la endeble y graciosa ramita.

No vayamos a dar la impresión de querer transformar los hombres y las mujeres del planeta en etéreas y descarnadas huestes de ángeles, ¡Dios nos libre de escamotear de este bajo mundo el *eros*, como le llaman pomposa y mitológicamente los germanos profesores! Al contrario, estoy muy convencida que en él se esconde el manantial mismo de nuestra riqueza vital: al frenarse dentro de sus márgenes psicológicas el magno río de vida fertiliza subterráneamente las tierras todas del existir, y sólo es devastador y maléfico cuando rompe su cauce y desborda las aguas fangosas. Este reducir el crecimiento anormal y deletéreo a sus sanas y vivificantes proporciones es la salutífera tarea humana que se infrapone a la espiritual de elevación del alma a Dios, a la suprema—y única concebida hasta el presente por los directores espirituales—de la santa búsqueda de la perfección (1).

No arremetemos, por tanto, contra el primitivo hervor del *eros*, sino contra su falseamiento, contra su exageración maligna y engañosamente atizada tanto por la inmoralidad como por la moralidad cuando ésta es descentrada y casi enfermiza. No se trata de desarraigar: el Señor no quiso apartar de San Pablo el «ángel de Satanás» que le abofeteaba, por más que se lo pidió por tres veces; la gracia

(1) Para ser justos conviene hacer constar que si la espiritualidad no ha entrevisto por regla general la eficacia de lo natural, tampoco la moderna psicoterapia, naturalista en su origen y desarrollo, ha comprendido la eficacia de lo espiritual. Por ello no ha sabido—ni querido—dar a este factor el papel y la preponderancia que la corresponde en la cura de almas. Hombres con buena voluntad y amplitud de visión se han percatado de la limitación particularista de ambas partes y tratan de construir el puente que ha de unir las dos riberas del difícil saber interior.

sola debía bastarle. La vida necesita bullir y fermentar para que la gracia sobreabunde, porque el poder de Dios «brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza». (II Cor. XII, 9).

CONCLUSIONES VENTUROSAS

Claro está, y lo digo con todo el énfasis posible frente a la corriente modernista, que es cien mil veces preferible ser poseedor de un cuerpo sórdido con su correspondiente mentalidad y tener un alma viva, que alcanzar un grado más o menos elevado de higienismo físico con el alma yerta.

Por ello, nosotros, los iberos o hispanos, si miramos con los ojos sinceros de la buena voluntad; si la mezquindad y la solapada soberbia no nos ofuscan, veremos cuan corto y fácil es el trecho que nos queda por vencer para llegar al armonioso y equilibrado desarrollo en comparación de la dificultad abismal en que gimen y se debaten ciegamente los demás pueblos. Debiéramos reconocer, alegres y ufanos, esta relativamente pequeña deficiencia y aplicarnos con ánimos a la gran obra terapéutica de nuestra desinfección, de nuestra desintoxicación.

Resumamos :

Nuestras posibilidades más fecundas de perfeccionamiento, el campo verdadero adonde deben dirigirse nuestros esfuerzos autosuperativos de enriquecimiento : el puro, buscando especialmente la limpieza natural, y el limpio la sobrenatural pureza, para así alcanzar la compleción total y redondeada del ser, su magnífica plenitud.

Nosotros, que aun sabemos por gracia divina ser puros, seamos además sanos. Seamos límpidos de alma y cuerpo. La pureza, asentada sobre la salud, es infinitamente más lúcida y hermosa. Y que nuestro cuerpo, libre de los falsos fermentos, alcance su sencillez, su claro vigor, para que la blanca vestidura de nuestra alma brille más y más, ante Dios y ante los hombres.